

CIUDAD DE SIEMPRE ⁽¹⁾

Para Arturo Gazul

Estoy pisándote, ciudad, el alma
de calle a casa, de la noche al día,
sin darme cuenta que me vas ganando
sin darme cuenta de mi tiempo y vida.

Estoy ciudad andando por tus nervios
sin darme cuenta que la sangre es mía,
sin apenas saberte ni escucharte
la queja dulce de tu sombra fría.

Estoy ciudad por ti, sobre tu mano
que introduce los dedos en mi herida.

Llueve rosas de Abril, llueve la tarde
puras estrellas de melancolía

tantos años, ciudad, por ti muriendo,
por ti rezando solo mi agonía
por ti dejando lo mejor que tengo
de calle a plaza, de rincón a esquina.

JESÚS DELGADO VALHONDO

(1) Del libro inédito «Ciudades».

Clima, Paisaje y Naturaleza en la Obra de

Gabriel y Galán

EN el prólogo que escribió, para las «Nuevas Castellanas», la condesa de Pardo Bazán, la ilustre autora de «La Madre Naturaleza», expuso como:

«La impresión que producen los versos de Gabriel y Galán es, en ocasiones, no diré estar viendo, sino estar contemplando la naturaleza castallana. Absoluta es la compenetración de su Musa y de la tierra, no en el sentido material, en otro más alto».

Así es, ningún poeta contemporáneo ha vivido más en contacto con la naturaleza, ni la ha cantado con mayor sencillez y belleza, ahora bien, no hay que olvidar que Gabriel y Galán había cursado la carrera del Magisterio en Salamanca y Madrid, y regentado las escuelas de Piedrahita y Guijuelo, plazas que logró por oposición, y la cultura que de estos estudios adquiriese, si bien no muy profunda, fué lo suficientemente extensa, para que en toda su obra, no aparezca ningún error científico, a pesar de la frecuencia con que tiene que tratar cuestiones relacionadas con las ciencias clásicas de la naturaleza.

El clima, el paisaje en su concepción científica, la fauna y la flora, son tratados con maravillosa precisión en sus poesías, y aún más, en ellas, se atreve a esbozar hondos problemas científicos y filosóficos.

Es el clima de la región donde vivió Gabriel y Galán (entre Castilla y Extremadura) rudo y extremado, de marcado carácter continental, y en la lectura de todas sus obras, se encuentran descripciones del mismo, para casi todos los meses del año.

Es Enero el más frío del año, azotando los campos «el de Enero flagelante duro cierzo». Sus noches son claras, brillando la luna y las estrellas, al parecer, más que en ninguna otra época:

«Era una noche de Enero

muy fría, serena y clara:

noche de muchas estrellas

y pocos ruidos. Helaba».

Sus amaneceres son a veces enturbiados, por las nieblas matinales como aquel «crudo, frío, turbio y callado amanecer de Enero»

en que vió a una madre «yerta junto al helado lavandero en las gélidas márgenes del río» (*Amor de madre*).

A la serenidad de Enero, suceden los cambios bruscos de Febrero, los chubascos y los vientos de Marzo. Días de lluvia y de viento; así cuando la jurdana bajó de la sierra con el hijo en las espaldas:

«Era un día crudo y turbio de Febrero
que las sierras azotaba,
con el látigo iracundo
de los vientos y las aguas...»

(La Jurdana)

Noches tenebrosas:

«y las noches del turbio Febrero,
tan negras, tan bravas,
con lobos y cárabos,
con vientos y aguas!...»

(Mi Vaquerillo)

Llega la primavera y a los vientos de Febrero y de Marzo, que al decir del poeta pasan «restallando sus sutiles finas alas», suceden los vientos sonoros y alegres de las tardes abriléñas.

«Una música tan virgen como el aura de mis montes,
tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
tan ingenua como el alma del artista montaraz,
tan sonora como el viento de las tardes abriléñas.»

(Los pastores de mi abuelo)

Ya no son los helados amaneceres, sino «las auroras del sereno mes de Abril» y la «sonrisa matutina de los días abriléños».

Agradable suele ser la temperatura en el mes de Mayo y, Gabriel y Galán, en su poesía *Desde el campo*, nos narra como «han henchido sus pulmones con sus ráfagas, — el de Mayo delicioso ambiente fresco, — el solano bochornoso del estío — y el de Enero flagelante duro cierzo».

En Mayo llegan los primeros calores que hacen revivir la naturaleza: días tan espléndidos como aquel que trajo «de color de oro Mayo gentil espléndida mañana, — con sol de fuego que arrancó resinas — a las olientes montaraces jaras». Aquella mañana se vertió en la sierra:

«toda la luz que de los cielos baja,
todas las auras que la sangre encienden,

todos los ruidos que el oír regalan,
todas las pomas que el sentido enervan,
todos los fuegos que la vida inñaman...»

(Fecundidad)

En Junio todavía son llevaderos los calores y sus breves noches aunque haya habido tempestades durante la tarde, son serenas y plácidas:

«Una noche solemne de Junio,
una noche de Junio muy clara...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro;
rumiaban las vacas...»

(Mi Vaquerillo)

Como Enero es cruel por el frío, Julio lo es por el calor y a la misma madre que vió aquel amanecer de Enero, la vuelve a ver dejar su pobre casa:

«Cuando Julio cruel ciega los ojos,
bruñe los cielos y la tierra abrasa,
y, en los ardientes áridos rastrojos,
disputando su presa a las hormigas,
yo la he visto buscar unas espigas
perdidas entre sábanas de abrojos.»

Pero es en el *Cantar de las Chicharras*, donde describe de un modo más real el verano en Extremadura:

«Que se queman los lugares,
los azules olivares,
los dormidos encinares
y las viñas, y las mieses, y los huertos,
bajo el hálito encendido
que descende desprendido
como plomo derretido
de este sol abrasador de los desiertos.»

A los calores de Julio suceden los de Agosto, que cediendo por fin en Septiembre hacen exclamationar:

«Ya pasaron, ya pasaron
las plúmbeas modorras esas

del sol de Julio que inflama,
del sol de Agosto, que tuesta,
de aquél que la espiga dora
y de éste, que la platea».

(La tregua)

Las lluvias otoñales dan humedad al ambiente y las largas noches de Octubre y Noviembre son húmedas y tenebrosas:

«y las húmedas noches de Octubre
cuando el aire menea las ramas»,

(Mi Vaquerillo)

Casi tan frío como Enero es Diciembre, pero más nuboso sin la atmósfera pura de aquél. Días tristes y cenicientos, y así, cuando el poeta sube a la ermita de la Virgen de la Montaña:

«Era un día quejumbroso del Diciembre ceniciento
cuando yo subí la cuesta de la mística mansión:

.....
Era un día de Diciembre. La ciudad estaba muerta
sobre el árido repecho calvo y frío del erial,
la ciudad estaba muda, la ciudad estaba yerta
sobre el yermo fustigado por el hálito invernal».

(La Virgen de la Montaña)

Del clima pasemos al paisaje: según el Sr. Hernández Pacheco puede dividirse nuestra península, desde el punto de vista de su constitución litológica, en tres grandes áreas: Hispania silicia, Hispania calcárea e Hispania arcillosa. A esta última pertenece la llanura castellana cuyo paisaje describe Gabriel y Galán en *El Ama*.

«y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...»

La llanura extremeña no pertenece a la «Hispania arcillosa», sino a la «silicia» y aunque más amena y variada que la castellana, guarda con ella cierta semejanza, por eso cuando nuestro poeta, desde la Virgen de la Montaña contempla los:

«horizontes infinitos, infinitamente abiertos
al abrazo de los cielos y a los besos de la luz»

creo estar contemplando las desnudas tierras en donde nació:

«tierras verdes de las siembras, tierras blancas de rastros,
tierras grises de barbechos... ¡Patria mía, yo te ví!

Me trajeron tu memoria las espléndidas anchuras
de las tierras y los cielos que se llegan a besar;
las severas desnudeces de las áridas llanuras,
las gigantes majestades de su grave reposar...»

También son de la Hispania silicea, las sierras pizarrosas de la comarca de las Hurdes:

«Por la cuesta del serrucho pizarroso
va bajando la paupérrima jurdana
con miserias en el alma y en el cuerpo,
con el hijo medio imbécil a la espalda...»

Mas no todos los paisajes son áridos y tristes, en esta misma región se encuentra el valle de Las Batuecas, del cual el Sr. Hernández Pacheco en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias hizo la siguiente descripción:

«Más bien que bosque pudiera ser considerado como selva, por lo denso y enmarañado de la vegetación arbórea y de matorral, constituida principalmente por la encina y el alcornoque, el tejo y las más gigantes madroñeras de Europa; vegetación que crece en el más abtupto y rudo roquedo de cuarcitas, constituyendo el conjunto de ambos, el paisaje más bravo, agreste y montaraz que conozco».

Esta descripción nos recuerda a la que hace Gabriel y Galán en *Fecundidad*. El pastor sube hacia la cumbre de la sierra:

«por entre ciegas madroñeras húmedas,
por entre redes de revueltas jaras,
por laberintos de lentiscos vírgenes,
y de opulentas madre selvas pálidas,
y de bravíos vigorosos brezos,
y de romeros cuyo aroma embriaga».

Gabriel y Galán no vivió en la Hispania caliza, sin embargo en una estrofa de su poesía *Mensaje* describe con gran precisión un paisaje de la misma: el geniecillo alado que sus tonadas le inspira, vuela hacia Zaragoza y ya en tierra aragonesa va dejando atrás «los blancos cabezos eminentes, — protegidos en sus flancos, — por las rápidas pendientes — de abismáticos barrancos».

Elemento fundamental del paisaje es la vegetación y dentro de ella es el bosque su forma más importante; son numerosísimas las referencias que en sus poesías hace Gabriel y Galán al pino y a la encina, árboles típicos de la región donde vivió. La encina de Fuenmayor es protagonista de su poesía *Presagio*.

«¿Ves ese tronco, Agustina,
que en el hogar se calcina
y da a mis miembros calor?
Pues es el de aquella encina
del valle de Fuenmayor».

No sólo es la encina (*Quercus Ilex*) sino otras muchas especies del mismo género: el roble negro (*Q. toza*) el quejigo (*Q. lusitánica*) etc., de este último nos cuenta como él mismo ha dormido: «en las húmedas umbrías de los montes, —bajo el palio de follaje de los quejigos».

En *Nocturno Montañés* describe como al anochecer:

«de los senos de los bosques se levantan
brisas frescas que estremecen el paisaje
con el roce de las puntas de sus alas,
preludiando rumorosas en las frondas
las nocturnas melancólicas tonadas,
la que vibran los pinares resinosos,
la que zumban las robledas solitarias,
la que hojean los maizales susurrantes,
la que arrullan las olientes pomaradas...»

En *Desde el campo* hay que permitirle una licencia poética cuando nos habla de las noches que ha pasado en la selva «cabe el tronco perfumado del abeto», puesto que en España los árboles del género *Abies* sólo vegetal espontáneo en los Pirineos (*Abies excelsa* y *Abies pectinata*) y en la Sierra de Ronda (*Abies pinsapo*). Sin duda debió referirse al *Pinus sylvestris*; que forma sombríos y espesos bosques en la vertiente septentrional del Sistema Central, representación en nuestra península, según el prof. D. Emilio Guínea, de la taigá siberiana.

Más abundantes que los bosques son, en las sierras de Castilla y Extremadura, los matorrales en los que crece el lentisco (*Pistacia lentiscus*) que tantas veces nombra en sus poesías:

«He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos»

(Los pastores de mi abuelo)

«cortó un lentisco y horadó su tallo,

pulió sus nudos y tocó la gaita».

(Fecundidad)

«Es la imagen del serrucho solitario
de misérrimos lentiscos y pizarras»,

(La Jurdana)

También se refiere con frecuencia: a los brezos, diferentes especies de los géneros *Erica* y *Calluna*; a los madroños (*Arbustus unedo*) de la misma familia; a las jaras (género *Cistus*); a las madre-selvas (no a las de los viejos jardines románticos de Bécquer, sino a las especies silvestres: *Lonicera hispánica* L. *Caprifolicum* L. *implexa*, etc.) a los zarzales (*Rubus discolor*); a las retamas (*Genista tinctoria*, *Sarothamnus scoporius*, etc.) que constituyen según su acertada expresión:

«¡La maraña revuelta y estéril
que viste los campos
cuando no los fecundan y riegan
sudores humanos!»

(Dos paisajes)

Pero esta maraña estéril también posee sus encantos y embalsama el ambiente con su fuerte olor penetrante:

«y he dormido junto al tajo del abismo
la embriaguez que le producen al cerebro
los olores resinosos de las jaras,
los selváticos aromas de los brezos».

(Desde el campo)

Aromáticas son también casi todas las especies de la familia de las labiadas: tomillos (Género *Thymus*), romeros (Gén. *Rosmarinus*), espliego y cantueso (Gén. *Lavandula*), mientras que las Ranunculáceas en su mayoría venenosas, poseen un olor desagradable, aunque tengan como la *Peonía* magníficas y vistosas flores. Este contraste se señala en la poesía ¿Por qué?

«¿Por qué destila bálsamos
el misero cantueso
que vive en las estériles
calvicies de aquel teso
paupérrimo vivir?
¿Por qué las pomposísimas

peonías fastuosas
 producen esas fétidas
 grasientas grandes rosas
 de enfático vestir?»

Misérrimo es el cantueso (*Lavandula pedunculata*) por los terrenos donde vive, mas no por sus bálsamos y por la belleza de sus flores, en apretadas espigas, coronadas por un penacho de brácteas moradas.

Muy corriente es en las sierras del centro de España el «espino negro o endrino» (*Prunus spinosa*) cuyas delicadas y precoces florecillas blancas aparecen antes que las hojas. Una poesía de Gabriel y Galán lleva precisamente el nombre de *Flor de Espino* y en ella compara al delicado niño recién nacido, hijo de toscos y fornidos padres, con dichas florecillas que brotan entre espinas y rudos tallos sin hojas. No cabe duda que se refiere al espino negro y no al blanco (Gén. *Crataegus*), pues las flores de éste, no son tan precoces y es además menos frecuente por aquellas tierras. El nombre «espinar», de algunos lugares castellanos es sinónimo de «endrial», como puede observarse en la siguiente estrofa:

«¿Quieres que vaya a buscar
 cuarzos blancos al repecho,
 colorines al linar,
 nidos de alondra al barbecho
 y endrinas al espinar?»

(Castellana)

En la misma hace mención al cuarzo, cuyas bellas formas cristalizadas suelen encontrarse en los cerros de los terrenos graníficos y que en algunas regiones de Avila, creen que sus cristales transparentes, son las huellas que al caer dejan los rayos

En las zonas más húmedas, en el fondo de los valles, nacen flores silvestres de los más variados colores:

«Si buscas flores sencillas,
 hay en el valle violetas,
 y gamarzas amarillas,
 y estrelladas tijeretas,
 y olorosas campanillas»

(Castellana)

y en los campos de trigos surgen espontáneas las malas hierbas:

«Verás mecerse, aireadas,
 del mar de la mies las olas,

aquí y allá salpicadas
 de encendidas amapolas
 y de jarritas moradas»

en fin—en la misma poesía menciona las pamplinas (*Stellaria media*), los clavelillos azules (*Centaurea cyanus*) y los alvergines (*Vicia angustifolia*).

«de tus labios los carmines,
 que parecen amasados
 con pétalos de alvergines»

entonces y menos en aquellos pueblos, no se conocían los labios de color «cyclamen» (color que por cierto también es el de los pétalos de otra flor, la del *Cyclamen hederifolia*).

En los terrenos estériles y en las rastrojeras surge espontáneo el abrojo (*Tribulus terrestris*) y entre ellos, vió el poeta a una madre buscar perdidas espigas... (*Amor de madre*).

Cuando llegan las primeras lluvias otoñales, las tormentas de Septiembre, brotan del suelo las flores de la quitameriendas (*Merendera bulbocodium*), florecen las achicorias (*Cichorium intybus*), aparecen muchas especies del género *Rumex*, y en fin otras muchas plantas surgen por doquier:

«Era el tiempo llegado
 de las puras mañanas otoñales,
 las que tienen un sol tibio y dorado

.....
 Brotan en las eras
 quitameriendas de matices rojos,
 criaban achicorias los rastrojos,
 se llenaban las lindes de acederas
 y los huertos de malvas y de hinojos»

(El poema del gañán)

Interminable sería narrar las múltiples citas que en la obra de Gabriel y Galán se encuentran, relativas a la fauna de la región donde vivió. En especial las aves siempre han sido preferidas por los poetas, pero Gabriel y Galán, con su fino espíritu observador, no ve en ellas simples elementos de adorno, y busca problemas más hondos como el misterio del cuclillo (*Cuculus canorus*), que tanto ha dado que pensar a los naturalistas.

«¿Por qué vivirá errático
 sin nido el necio cuco?»

y en general la diversidad de costumbres de las aves en la construcción de nidos:

«¿Por qué mete el cernícalo
su nido en la hendidura
y el colorín minúsculo
lo guarda en la espesura
del viejo carrascal?
¿Por qué las oropéndolas
lo cuelgan del encino
y aquellos otros pájaros
sotiérranlo en el fino
tapiz del arenal?»

Otra particularidad interesante de las aves, es que, precisamente las más vistosas, o son mudas como los pájaros de colores de las calladas selvas de la Polinesia, o producen sonidos desagradables como el pavo real.

«¿Por qué será el policromo
vistoso abejaruco
tan áspero cantor?
¿Por qué de dulce música
tesoro tal Dios guarda
para el pardillo mísero,
para la alondra parda
y el pardo ruiseñor?»

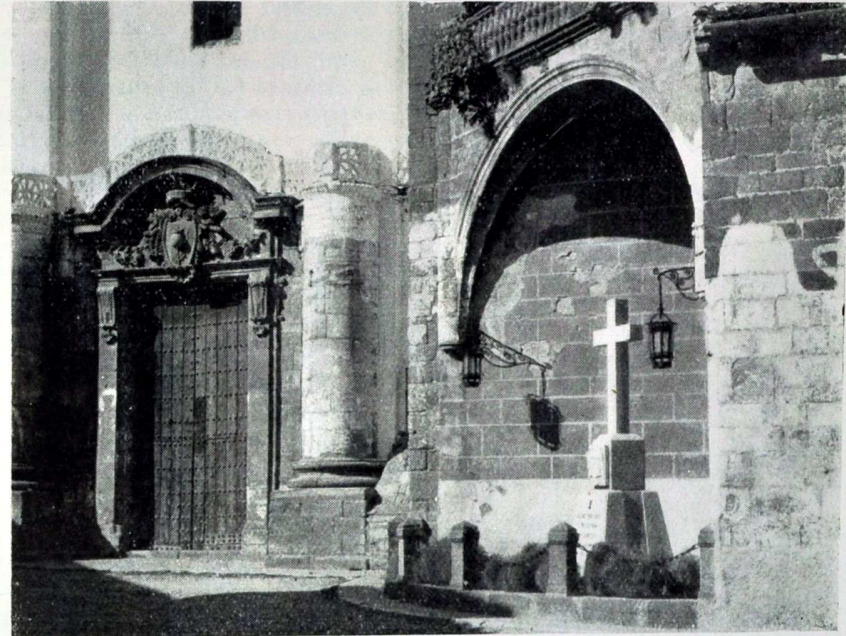
a este último, en otra poesía, en *Romería del amor*, le denomina el pájaro cantor de los cantores, y la alondra es también con frecuencia citada:

«mucho más alto que la alondra alegre
cuando en los aires la alborada canta»

(Fecundidad)

y en efecto mucho más alto que la alondra vuelan las águilas:

Allá, en las cumbres de las sierras hoscas;
allá en las cimas de las sierras bravas;
en la mansión de las quietudes grandes,
en la región de las silbantes águilas,
donde se borra del vivir la idea,
donde se posa la absoluta calma,
su nido asientan los silencios grandes.



ALBUM EXTREMEÑO.—Cruz de los Caídos, de Llerena

el tiempo pliega sus gigantes alas
y el espíritu atento
siente flotar en derredor la nada...

Naturalmente que la idea de que el tiempo pliegue sus gigantes alas nos parece una licencia poética, pero sin embargo, según las ideas cosmológicas de De Sitter, en los confines del Universo, en las fronteras de la nada, el tiempo pliega realmente sus alas.

En el grupo de los buhos, el cárabo (*Syrnium aluco*) es también frecuentemente aludido y así nos habla en *Desde el campo* «y el insólito graznido de los cárabos—que parece carcajada del infierno».

Es esta una de las razones del miedo supersticioso que estas aves inspiran. Ya Shakespeare hizo repetidas veces al buho representante de la desgracia y así en «Macbeth» escribe:

«es el grito del buho, fatal pregonero que saluda a la noche»

En cuanto a los insectos, *El cantar de las chicharras* está escrito de modo que sus estrofas presentan la monotonía sonora del canto de dichos hemípteros.

«¡Vete y vuelve, muchachuela,
que me dejas una estela
de frescura que consuela
cuando pasas, cuando pasas a mi lado!
¡Trae la jarra, trae la jarra!
¡Que se calle la chicharra!
¡Que las hojas de la parra
mueva el hálito del céfiro encalmado!»

también onomatopéyicos son estos versos en los que hace referencia a otro insecto:

«Grave zumbar pregonero
del tábano volandero
que arrullo en la siesta da;
que murmura, que se queja,
que se acerca, que se aleja,
que retorna, que se va ...»

(Mi música)

Naturalmente no podrían faltar las alusiones a los insectos sociales, abejas y hormigas, y el poeta ha observado la colmena:

«Al mediar una serena
tarde plácida de Mayo.

La volante, la sonora
muchedumbre zumbadora
laboraba sin desmayo.

(Las repúblicas)

y ha admirado el hormiguero

«cuando henchían su granero las innúmeras hormigas»

En su poesía ¿Por qué? tantas veces aludida, parece en conjunto enfrentarse con el misterio de la vida, haciéndose una serie de preguntas que naturalmente no tienen contestación, e interrumpiéndose al final a sí mismo:

«¿Por qué... Curioso espíritu,
no quieras indagarlo,
ni en tristes secas fórmulas
pretender encerrarlo
si no quieres llorar.
Misterios que sois únicos
divinos bebedores
de encantos sabrosísimos:
¡tocaros es perderos!
¡Viviros es gozar!

Tal vez una sombra de escepticismo pasó por su espíritu al escribir estos versos, mas no por ello hay que dudar de su Fe inquebrantable y es su poesía *Desde el campo*, a juicio del P. Jesús Simón «un himno a la naturaleza, obra de las manos de Dios y espejo de su gloria». Es precisamente en el seno de esa gran naturaleza donde el poeta que «encajado como mísera alimaña en la grieta del peñasco gigantesco» sintió «la grandeza de lo grande» y lloró «la ruindad de lo pequeño» dice que:

«es grande por su esencia lo pequeño»;

es:

«donde hablándonos de Dios todas las cosas,
al revés de la ciudad de los estruendos,
lo soberbio dice menos que lo humilde,
el reposo dice más que el movimiento,
las palabras hablan menos que los ruidos,
y los ruidos dicen menos que el silencio...»

En *Nocturno montañés* hace Gabriel y Galán una breve descripción cosmológica cuando dice:

«Más arriba, los luceros de diamantes;
más arriba, las estrellas plateadas;
más arriba, las inmensas nebulosas
infinitas melancólicas, arcanas...»

Pero sobre estas nebulosas, de las que tarda la luz en llegar a la tierra millones de años, que parecen huir con velocidad de vértigo, y ante las cuales se agotan las posibilidades de observación de la ciencia humana, como sincero creyente coloca al Dios de sus creencias.

«más arriba, Dios y el éter... más arriba
Dios a solas en la Gloria con las almas...»

En fin, en su última poesía *Canción*, escrita pocos días después de la muerte de su padre y poco antes de la suya, se preocupa del misterio del más allá y estos son los últimos versos que escribiera:

«¡Quiero vivir! A Dios voy
a Dios no se va muriendo,
se va al oriente subiendo
por la breve noche de hoy
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!»

CARLOS LOPEZ BUSTOS



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono

n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.